

LA CARGA DEL ECONOMISTA¹

Para cualquiera que estudie las economías poscomunistas, los trabajos de Anders Åslund son de obligada consideración, incluso cuando podría ser mejor prescindir de ellos. Trabajar sobre esta parte del mundo supone encontrarse por doquier los pronunciamientos vigorosos, categóricos y en ocasiones furiosos de Åslund, enraizados evidentemente en la incommovible convicción de que él siempre conoce tanto a quien culpar como qué hacer al respecto. Nacido en 1952, Åslund estudió económicas en Oxford incorporándose después al servicio diplomático sueco, pasando tres años en el Moscú de la época de la *perestroika*. Tras abandonar la diplomacia por la economía, en 1989 publicó *Gorbachev's Struggle for Economic Reform*, un detallado estudio del enfrentamiento entre las facciones que decidían la política en el seno del Politburó. Entre 1991 y 1994 Åslund formó parte del equipo de economistas occidentales dirigido por Jeffrey Sachs que asesoró al gobierno ruso en cuestiones macroeconómicas. Financiado por la Fundación Ford y el gobierno sueco, el equipo de Sachs defendió agresivamente la terapia de choque, respaldando a liberales partidarios del libre mercado en la Administración de Yeltsin como Yegor Gaidar y el fallecido Boris Fyodorov. Cuando ambos dejaron el gobierno a principios de 1994, Sachs y Åslund dimitieron de sus puestos.

Desde entonces, Åslund ha producido una serie ininterrumpida de libros y artículos dirigidos al público académico y a los responsables políticos, y ha mantenido una posición indiscutible en los medios de comunicación occidentales como el comentarista más prominente sobre la economía de la región. Desde su posición en el influyente Peterson Institute, con sede en Washington, Åslund interviene virtualmente en todos los asuntos relevantes relacionados con la política rusa, apareciendo últimamente en los editoriales de diversos periódicos con fulminantes veredictos sobre las acciones del gobierno Putin en Georgia y las sombrías predicciones de las penalidades económicas que le aguardan. Su pugnaz prosa no se ve desmerecida por una presencia tibia: en persona, Åslund tiene un impresionante aire de mal

¹ Anders Åslund, *How Capitalism Was Built. The Transformation of Central and Eastern Europe, Russia and Central Asia*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007, 356 pp.

humor como si debiera llevar un abanico para disipar el vapor que surge de sus orejas.

Sus detractores han sugerido que Åslund tiene intereses empresariales en Rusia, pero aunque esto fuera cierto no cabe duda de que su motivación principal es ideológica. A pesar de su origen sueco, la teoría económica de Åslund siempre ha sido anglosajona antes que escandinava; además parece que siente cierto desprecio por el sistema socialdemócrata de su país. Un inmovible liberalismo de mercado ha caracterizado coherentemente su planteamiento sobre la transformación poscomunista. Åslund sostiene que el camino del socialismo al capitalismo pasa por tres políticas claves. La liberalización debe poner fin a las restricciones sobre el comercio interno y exterior; la estabilización debe controlar la inflación mediante la restricción monetaria y los presupuestos equilibrados; y la privatización –para Åslund la política fundamental– debe no solo alinear los incentivos empresariales con el bien público sino también crear un baluarte político contra cualquier posible regresión al comunismo. Al ejecutar estas políticas, ha sostenido Åslund, la velocidad y la determinación absoluta constituyen verdaderas virtudes, ya que además de acelerar el advenimiento del capitalismo y los muchos beneficios que éste ofrece, estas cualidades también dotan de credibilidad al cambio y por consiguiente promueven una adaptación más rápida tanto por parte de las empresas como por el conjunto de la población.

How Capitalism Was Built es, en palabras de Åslund, «en parte una continuación, en parte una puesta al día y una revisión» de su trabajo de 2002 *Building Capitalism*. El cambio en el tiempo verbal señala la confianza de Åslund en que la historia ha emitido ahora un juicio definitivo, sonoro y positivo sobre el programa de «reforma». El libro se abre con un breve informe triunfalista sobre la caída del comunismo, para a continuación demostrar que la terapia de choque es preferible a cualquier otra forma de gradualismo. Un tercer capítulo intenta atenuar la colosal caída de la producción después de 1989, afirmando que «una sustancial parte del enorme declive registrado, probablemente la mitad, no fue real», y debe, por el contrario, atribuirse a una «cuantificación defectuosa, a una expansión de una economía no registrada, y a la eliminación de la detracción de valor». Los siguientes capítulos abordan, respectivamente, la liberalización, la estabilización y la privatización, mostrando satisfacción ante los gobiernos que han desregulado sus economías, domeñado la inflación y establecido derechos de propiedad privada, si bien Åslund muestra cierta preocupación sobre la seguridad de éstos últimos y en consecuencia sobre la «legitimación política de la privatización».

El resto del libro recoge las opiniones de Åslund sobre distintas áreas en las que la implementación y los resultados de las reformas de mercado han sido criticados. Respecto a las políticas de bienestar social, afirma alegremente que «se produjo ciertamente un trauma, pero que la percepción inicial del desastre social fue exagerado» y que «el curso de las reformas

no tuvo mucho impacto» sobre los niveles de desigualdad. Sobre la ley y el orden, toma nota de la explosión de la criminalidad, pero la describe como «una consecuencia natural de la desmembración del antiguo orden», lamentando el hecho de que los abogados tanto de la región como del exterior no hayan intentado moldear el sistema legal postsoviético «con la determinación del FMI a la hora de conseguir la estabilidad macroeconómica». Otros asuntos abordados son la compatibilidad de democracia y reforma (total de acuerdo con Åslund), los «oligarcas» (a los que considera una celebridad), y el papel de la comunidad internacional (cuya cicatería lamenta).

Aunque publicado por una editorial académica, *How Capitalism Was Built* no constituye un trabajo científico. Aquellos que sienten la vocación de la ciencia, como observó Max Weber, se hallan atormentados por las dudas sobre la exactitud de sus conclusiones. En este caso todo atisbo de duda ha desaparecido. Aun cuando se contradice a sí mismo, Åslund muestra una absoluta seguridad. La evidencia que se opone a sus conclusiones es ignorada o dejada de lado. Si se interroga sobre éstas, únicamente lo hace cuando se muestra veladamente a la defensiva. Åslund escribe que al promover la reforma, «el éxito de los economistas», incluido entre ellos, evidentemente, él mismo,

radica en su capacidad para formular un asesoramiento simplificado respecto a las políticas pertinentes para efectuar una reforma económica radical promercado. Los académicos de muchas otras disciplinas consideraban tales simplificaciones inapropiadas o incluso inconsistentes para los estudiosos serios. La reforma exige simplicidad y lucidez en vez de interés por los matices.

Aún si aceptamos este dudoso punto, ello no justifica evidentemente abandonar todo matiz en un trabajo que presumiblemente pretende ser un trabajo académico serio, en un momento en el que la mayoría de las políticas en discusión exigen ser abordadas usando el tiempo verbal pretérito.

El origen de la seguridad hipertrofiada de Åslund es quizá una ansiedad profundamente soterrada por que pudiera estar equivocado y que ello, después de haber efectuado tales categóricos pronunciamientos en un esfuerzo por cambiar los términos del debate público, pudiera acarrear una tacha moral. Con independencia de cuál sea la razón, Åslund se siente evidentemente obligado a ofrecer una exculpación moral de la reforma radical, para lo cual presenta una especie de teodicea de los males del poscomunismo, absolviendo a quienes pilotaron la terapia de choque de la culpa de cada uno de ellos, identificando al tiempo a los culpables. Inversamente, Åslund apunta ávidamente todos los aspectos que han evolucionado positivamente a la reforma radical promercado. Como sucede con las fábulas morales, no existen fuerzas impersonales, únicamente los buenos y los malos. Éstos últimos son «los que persiguen un estatuto de rentistas», que intentan manipular las políticas del Estado para desviarlas de la senda de los reformistas con el fin de asegurarse tasas de beneficio

por encima de las ofrecidas por el mercado, y que son responsables de todas las decepciones del periodo poscomunista. Afortunadamente, a éstos últimos se oponen los buenos –heroicos promotores del libre mercado como Gaidar y el polaco Leszek Balcerowicz, que ofrecieron un enérgico apoyo a las reformas– a quienes puede atribuirse el mérito de todo lo que hay de bueno actualmente en el antiguo bloque del Este. Åslund nos querría hacer creer que la lucha entre los buenos y los malos constituye la historia crucial del periodo que arrancó con la caída del Muro: «la transformación poscomunista es la historia de la guerra a favor y en contra de la obtención de renta».

Desafortunadamente para Åslund, la estrategia de atribuirse lo positivo y de evadir los aspectos negativos presente en su argumentación con frecuencia resulta contradictoria, como sucede de modo notable en su discusión sobre la democracia. Una de las imputaciones más graves atribuíbles a los ideólogos de la reforma radical es que se muestran dispuestos a sacrificar la democracia en el altar de los mercados. Åslund, que recientemente decidió publicar un libro sobre cómo las «reformas promercado de Rusia tuvieron éxito y sobre cómo la democracia falló», se halla evidentemente preocupado por el tema. Desde el inicio mismo de la era poscomunista, los economistas liberales, convencidos de que podían proponer la única verdadera senda de avance a la región, se han batido para no aparecer como los apologistas del despotismo ilustrado. De hecho, algunas de sus ideas sobre la política de reformas casi requerían la dictadura. En su opinión, la reforma es un «bien público». Como ha sostenido brillantemente Mancur Olson, es difícil atraer participantes a un movimiento que pretende obtener bienes públicos, dado que muchos preferirán beneficiarse de los esfuerzos de los otros sin soportar las cargas correspondientes. Cerrar industrias ineficientes, liberar recursos para nuevos usos, poner activos en manos de quienes harán el mejor uso de ellos y combatir la inflación eran todos ellos medios para beneficiar a la ciudadanía, incluidos aquellos que ignoran estos beneficios y se oponen a la reforma por encima de todo. De este grupo de referencia no podía surgir ningún movimiento: incapaces de representarse a sí mismos, deberían ser representados. Los economistas se presentaron encantados dispuestos a realizar tal trabajo.

Este análisis político apunta a una variedad de liberalización no solo expeditiva y exhaustiva, sino también explícitamente antidemocrática, ya que a pesar de que los ciudadanos se hallaban educados en la indiferencia respecto a los heroicos esfuerzos realizados en su nombre, el empeoramiento de las perspectivas de la economía –convenientemente ilustrado por la decadencia de las empresas públicas– denunciaría la reforma con apasionada intensidad. En realidad, el análisis sugiere que la propia impopularidad de las reformas de mercado es un indicador de su vivacidad pública, dado que de acuerdo con la lógica de Olson el «bien público» no tiene amigos explícitos. Aquí y allí Åslund parece estar a punto de abrazar esta línea de pensamiento. Proclama que los reformadores nece-

sitaban explotar la «ventana de oportunidad» ofrecida por las rupturas políticas, ante de que cristalizara la oposición a las reformas; acepta que la privatización puede diseñarse legítimamente no considerando las opciones políticas poco aceptables; y prescinde de la crítica del asesoramiento económico occidental como un signo de su eficacia.

En tanto que la lógica de hierro de la posición olsoniana, por no mencionar el asesoramiento político categórico de Åslund, implica que la toma de decisiones democrática es en el mejor de los casos una distracción y en el peor una diversión, estos paréntesis dictatoriales son reveladores. Sin embargo, los paréntesis siguen ahí. A Åslund evidentemente le gustaría sostener que la democracia y la reforma promercado son compatibles, siguiendo en este sentido a Joel Hellman, quien en un influyente artículo de 1998 propuso que los principales enemigos de la economía de mercado no son los pobres o los desposeídos, sino los «rentistas» ricos que se aprovechan de las distorsiones de las «reformas parciales». Dado que reformas más exhaustivas –tales como la eliminación de los subsidios inflacionistas, los mercados abiertos a la competencia y la reducción de la corrupción– reducirían sus rentas, estos «aprovechados» intentan bloquearlas. Hellman sostenía que la mejor cura para estas enfermedades es la democracia en la que quienes sufren por razón de los rentistas pueden fácilmente superar en las urnas a la minoría que se beneficia de ello, propiciando reformas más contundentes. La demostración de esta proposición proviene de las correlaciones entre el progreso de la reforma, medido por los «indicadores de transición» del Banco Europeo de Construcción y Desarrollo, y los «niveles de democracia» en los países poscomunistas medidos de acuerdo con el índice de derechos políticos de la Freedom House. Åslund proporciona correlaciones similares en este caso: reformas de mercado amplias se correlacionan con los índices obtenidos por la Freedom House.

Una vez examinadas las cosas más atentamente, sin embargo, este argumento de la compatibilidad de la democracia y de la reforma promercado ofrece menos recursos que los que sus partidarios querrían hacernos creer. En primer lugar, de acuerdo con esta teoría, la virtud de la democracia no radica, por ejemplo, en que permita un proceso de toma de decisiones deliberativo ni en que conceda al pueblo cuotas iguales de soberanía sobre su destino común. Por el contrario, se considera que ésta funciona en la medida en que propicia reglas y prácticas económicas altamente valoradas por el Banco Europeo de Construcción y Desarrollo. Como ha señalado Andrew Barnes, analizando una versión previa de este libro, es extraño celebrar la democracia, que es en definitiva un conjunto de procedimientos de toma de decisiones, para no tomar decisiones políticas independientes en absoluto. En segundo lugar, las pruebas son aplastantes en cuanto a que el «avance» en la vía de reforma aprobada por Åslund se produjo no por la predisposición de los votantes respecto a las políticas ordenadas, sino porque los políticos, una vez en el poder, respondieron a las amenazas y seducciones de la comunidad internacional en vez de rendir cuentas a los electores. Los acontecimientos de 2006 en Hungría constituyeron una

vívida ilustración de este punto. Tras ganar las elecciones, el socialista Ferenc Gyurcsány dijo en una reunión del partido que su gobierno «había estado mintiendo día y noche» mientras preparaba las medidas de austeridad en secreto antes del día de las elecciones. Cuando estas palabras se hicieron públicas se produjeron graves disturbios, lo cual no impidió que Gyurcsány siga siendo el líder de Hungría.

Este tipo de manipulación interesada apenas constituyó una excepción. Incluso Áslund, para quien Hungría es una de las «democracias impecables» de Europa central, admite que las elecciones en la región produjeron cambios relativamente pequeños en las políticas, si bien intenta explicar esto aduciendo que los votantes se concentraron exclusivamente en la corrupción, y por consiguiente votaron regularmente contra el partido en el poder. Ciertamente o no, esta afirmación explota efectivamente el argumento, que vincula «progreso» en la privatización, regulación bancaria, liberalización del mercado doméstico y del comercio exterior –los elementos que de acuerdo con Áslund miden la reforma– con la democracia, ya que se supone que la población no votaba sobre estas cuestiones. Áslund también se refiere al papel de la Unión Europea a la hora de conformar las instituciones políticas y económicas de Europa oriental, ignorando, sin embargo, el masivo «déficit democrático» que ello necesariamente implicaba. En resumen, la correlación no supone causalidad y Áslund ni siquiera afirma de modo creíble su convicción en la lógica causal de «votantes *versus* rentistas» que afirma defender.

Una atención más minuciosa a la historia demuestra que la reforma de libre mercado sin restricciones y la filosofía política que se esconde tras ella fueron de hecho contrarias a la democracia en la práctica, y no solo en la teoría. Es una táctica predilecta de los liberales de mercado –señalada hace mucho tiempo por Karl Polanyi– defender sus doctrina aduciendo que fue implementada de modo muy imperfecto. En el caso de Áslund, las imperfecciones son la razón de por qué la reforma promercado radical implementada en Rusia no puede ser culpada de los retrocesos experimentados por la democracia en tal país. Lo que esta defensa ignora es que una autoridad ejecutiva convencida de que tiene la única respuesta correcta a los problemas económicos, y que exige del parlamento y del sistema legal una aprobación mecánica de cada una de sus decisiones, tiene un efecto corrosivo sobre la democracia. Desde el inicio del programa de terapia de choque en Rusia estuvo claro que el gobierno de Yeltsin, de encontrarse en la tesitura de tener que elegir entre lo que la ley y el parlamento demandaban y lo que deseaba hacer, siempre optaría por la segunda opción.

Aspectos claves de la privatización rusa dependían de decretos presidenciales que nunca habrían sido aprobados por la Duma. El Kremlin no vacilaba en ignorar regularmente sus leyes presupuestarias cuando sus ingresos escaseaban. El enfrentamiento final entre Yeltsin y el parlamento en octubre de 1993, cuando el primero ordenó disparar al edificio de la Duma

y se produjeron enfrentamientos armados entre los partidarios de ésta y las fuerzas leales a aquel, comenzó cuando el presidente disolvió inconstitucionalmente el parlamento en venganza por su oposición a sus políticas económicas. Días antes de tomar esta decisión, Yeltsin había nombrado de nuevo al reformista Gaidar como jefe de su gobierno indicando a Occidente su compromiso con la reforma promercado justo en el momento en el que estaba a punto de abandonar el constitucionalismo, habiendo llegado correctamente a la conclusión de que la primera tendría más relevancia que el segundo en el exterior. De modo similar, cuando Yeltsin triunfó contra todas las expectativas en las elecciones de 1996, explícitamente entregando activos públicos a cambio del apoyo de los ricos –aunque los miembros de su entorno estaban dispuestos a prescindir de los resultados de las elecciones si las perdía– de nuevo se concedió más valor a la continuación de la reforma que a la democracia. Åslund tiene poco que decir sobre estos hechos, salvo ridiculizar las concepciones económicas de los oponentes comunistas de Yeltsin. Las confabulaciones antisemitas y conspiratorias del Partido Comunista de la Federación Rusa estuvieron lejos de ser en realidad un espectáculo edificante, pero Yeltsin y sus aliados no carecen de culpa: demostrando repetidamente su desprecio por las instituciones de la democracia, arruinaron cualquier posibilidad de que pudiera emerger una oposición constructiva y no degenerada.

Una segunda razón de que la doctrina de la reforma radical promercado erosionó la democracia en la práctica es que con frecuencia implicaba demandas que la hacía simplemente imposible. Consideremos la emergencia del trueque en la economía rusa de la década de 1990. Cuando la política monetaria se endureció a partir de 1993 muchas empresas industriales se enfrentaron a presiones deflacionarias, mientras sus clientes no podían permitirse sus productos. Sin embargo, las empresas, dadas las deudas con sus propios proveedores y la percepción de las autoridades fiscales que observaban la imposibilidad de obtener beneficios como una evidencia *prima facie* de evasión fiscal, fueron incapaces de reducir los precios. Por el contrario, comenzaron a aceptar bienes, o promesas de deuda de circulación limitada, como pago, manteniendo sus precios nominales mientras los reducían *de facto*. En agosto de 1998, el 54 por 100 de las ventas industriales se realizaban de forma no monetaria. Esta práctica desesperada causó enormes dificultades a las empresas rusas, contándose entre las más significativas el que sus impuestos se valorasen como si sus ingresos no monetarios fueran tan valiosos como los monetarios, lo cual elevó drásticamente una carga fiscal ya de por sí significativa. El gobierno se adaptó aceptando promesas de deuda y envíos de bienes como pago. Dado que éstos representaban de hecho recortes fiscales, Åslund concluye que «la causa del trueque equivalía a la evasión fiscal» y que fue «en realidad la última forma de «búsqueda de obtención de renta».

Este era y es un punto de vista evidentemente absurdo: la evasión fiscal se persigue en todo el mundo sin encauzar la mitad de las ventas industriales al margen de la economía monetaria. La tributación no monetaria

se halla ciertamente abierta a la manipulación corrupta, pero no existiría si no constituyera una adaptación necesaria al intercambio no monetario, cuya emergencia en Rusia claramente precedió a los cambios en la legislación tributaria. Más absurda todavía es la conclusión, conocida como la tesis de la «economía virtual», que Åslund también acepta en buena medida, de que la mayoría de las empresas que practicaban el trueque estaban «sustrayendo valor» y, por consiguiente, debían ser cerradas inmediatamente. Antes de la crisis de 1998 el gobierno ruso intentó suprimir el trueque por medios coercitivos, pero sus esfuerzos carecieron de coordinación y fueron ineficaces, dado que no intentó en modo alguno construir una base política que permitiera tomar esas medidas. El punto elemental que se le escapa a Åslund es que no puede existir trueque a no ser que haya algo que intercambiar: los intercambios en especie o de deuda todavía respondían a la oferta y la demanda. En efecto, los circuitos cuasi monetarios alternativos hicieron posible múltiples y localizadas devaluaciones del rublo, permitiendo sobrevivir a las empresas en circunstancias de una extraordinaria sobrevaloración de la moneda. Cuando el *crash* económico de 1998 forzó una devaluación del 75 por 100, el trueque rápidamente se evaporó. En realidad, la rápida recuperación de Rusia, y el crecimiento que experimentó durante los años siguientes, se debió en gran medida a la economía de trueque de la década de los noventa. Si esta innovación no hubiera permitido a las empresas continuar funcionando en un entorno económico punitivo, habrían sido incapaces de avivar el crecimiento cuando los tipos de cambio se hundieron después de 1998.

Åslund tiene un análisis diferente del periodo posterior al *crash* de 1998: lo considera un acontecimiento catártico, que repentina y decisivamente convenció tanto al gobierno ruso como a los rentistas instalados en las grandes empresas que únicamente las políticas liberales y las estrategias orientadas hacia el consumidor les encaminarían hacia la prosperidad. Así, dedica un capítulo a la celebración lírica de las grandes empresas rusas (y ucranianas), los denominados «oligarcas», a quienes caracteriza como «sobresalientes empresarios hechos a sí mismos, aunque la mayoría hizo sus fortunas a partir de la reanimación de los existentes mastodontes soviéticos antes que desarrollando nuevas empresas». Sin embargo, en su apuesta por «transformar los aparentemente moribundos grandes complejos fabriles soviéticos [...] tuvieron un éxito que superó todas las expectativas, revitalizando viejas fábricas y animando la recuperación económica». Åslund describe 1998 como su cénit; pero después el *crash* de agosto «puso un abrupto punto final al paraíso de los oligarcas». La historia de la gran empresa rusa tras éste puede separarse en tres fases. La primera, desde 1998 a principios de la década de 2000, implicó la consolidación del control sobre los grupos industriales, especialmente en los sectores petroleros y metalúrgicos, en gran medida mediante la asfixia de los accionistas minoritarios y la utilización de procedimientos de quiebra fraudulentos para desalojar a los mayoritarios no capaces de defenderse a sí mismos. Durante la segunda fase, que se prolonga hasta 2003, los conglomerados victoriosos cortearon a los inversores y expertos extranjeros con el fin de ex-

plotar las oportunidades que no habían estado a su alcance durante la década de 1990. Durante este periodo, los enormes incrementos registrados en las cotizaciones bursátiles de las grandes empresas hicieron que los oligarcas amasasen una enorme riqueza, además mediante su influencia en el parlamento fueron capaces de asegurarse un régimen tributario muy lenitivo, especialmente en el sector petrolero.

En 2003, sin embargo, Putin, probablemente aguijoneado por personas de su círculo interesadas en el agrandamiento de la empresa petrolera pública Rosneft, encarceló al prominente oligarca Mijaíl Jodorkovski; su empresa, Yukos, fue de hecho confiscada por deudas fiscales y transferida a Rosneft por una cantidad sustancial financiada mediante el endeudamiento externo. Durante el siguiente periodo se aprobó una legislación mucho menos favorable para los oligarcas, que intentaron alcanzar un *modus vivendi* con los nuevos empresarios activos vinculados con el gobierno que trataban de construir imperios industriales propios. Para Åslund, en los dos primeros periodos los oligarcas «respondieron racionalmente a las condiciones existentes», de las cuales no podían ser culpados. Por qué la racionalidad, que también es demostrada por los carteristas, debe ser exculpatoria no se nos explica. Åslund cree que los oligarcas poseían habilidades únicas y no replicables, que no habrían ejercido sin las colosales fortunas que atesoraron. (Que la utilidad marginal de un millardo extra de riqueza deba ser tan elevada era algo sorprendente para este lector, que imagina que se sentiría saciado tras el primero.) Ciertamente, existe un tipo de grandeza en las manipulaciones legales intimidatorias de los oligarcas y en las despiadadas arrebatiñas por la propiedad, apenas veladas en la ficción de las novelas de Yulia Latynina y Boris Berezovskii, ex lugarteniente de Yulii Dubov. Sin embargo, lo que oculta la celebración de Åslund de las cualidades empresariales de los oligarcas son las políticas fallidas que los hicieron necesarios.

Al discutir la privatización, Åslund, de manera característicamente categórica, sugiere que poco importa cómo fue llevada a cabo; simplemente fue importante que se hiciera y que se hiciera tan rápido como fuera posible. Cuando se siguió este consejo, como sucedió en Rusia, el resultado fue expandir la propiedad privada a la buena de Dios: partes con intereses fundamentalmente opuestos acabaron compartiendo la propiedad de la mayoría de las empresas; en muchos casos, empresas para las que la cooperación con socios tradicionales era vital se vieron dejadas de lado. La lucha por la propiedad retrasó casi una década la reestructuración y la vuelta de los inversores que Åslund celebra. Una privatización más lenta, menos caótica, concentrada en asegurar una propiedad estable, podría haber evitado esto. En realidad, algo similar sucedió en Polonia, haciendo que Åslund farfulle que fue una excepción. Sugiere que el saqueo masivo por parte de los gestores empresariales al mando hizo necesaria una privatización rápida. Sin embargo, sucedió a la inversa: los gestores aceleraron el saqueo de sus empresas a fin de usar los fondos para comprarlas una vez que fueran privatizadas. Un proceso más gradual, durante el cual se hubiese creado

una incertidumbre sustancial sobre si quienes ocupaban el poder en las empresas –y quiénes entre ellos– adquirirían las acciones de éstas, hubiera generado un control recíproco entre trabajadores y propietarios que hubiera asegurado que los activos alcanzaran la privatización intactos. El argumento a favor de la velocidad en la liberalización de los precios, al menos en la Unión Soviética, donde los mecanismos de gestión macroeconómica de la economía planificada habían colapsado totalmente, es razonable. El argumento a favor de la privatización acelerada no lo es. Dado que Åslund admite efectivamente que los frutos de la privatización en Rusia únicamente se mostraron una década más tarde cuando los oligarcas concentraron su control, es difícil adivinar por qué justifica la tremenda urgencia con la que se llevó a cabo el proceso.

Una de las justificaciones esenciales a favor de la reforma promercado fue, por supuesto, que pretendidamente facilitaba el crecimiento económico. Respecto a los años noventa, cuando Europa central y oriental y los Estados bálticos se recuperaron más rápidamente que los países de la Confederación de Estados Independientes, Åslund podía apuntar a una correlación superficial entre reforma y crecimiento. Sin embargo, entre 2000 y el momento presente, los países de la CEI, Rusia incluida, han crecido más rápido que sus vecinos del oeste y del noroeste. Åslund, entonces, tenía que admitir bien que los inicuos estaban floreciendo y los virtuosos quedándose atrás, o bien encontrar un modo de redefinir la virtud y la iniquidad. Su proyecto moral exigía optar por la última posibilidad. El retardatario crecimiento de Europa centro-oriental, explica, resulta de una «trampa de bienestar social», en la que unos derechos excesivos en concepto de pensiones y políticas de bienestar social condujeron a una tributación excesiva, que mantuvo el desempleo alto y el crecimiento bajo. Por el contrario, Rusia y muchos de los países de la CEI tuvieron impuestos muy bajos durante la primera década de 2000, lo cual explica sus impresionantes tasas de crecimiento. En realidad, a Åslund le sorprende tanto este hecho que irremediamente se desliza de nuevo hacia el autoritarismo de mercado, aceptando el argumento de que mientras que las democracias funcionan bien cuando la principal barrera se halla constituida por la existencia de rentistas, la fastidiosa tendencia de los votantes a desplumar a los ricos hace a la democracia contraproduktiva cuando el principal lastre económico es una tributación elevada.

Su fervor por celebrar la reforma radical promercado, su actitud desdeñosa hacia las pruebas históricas –solo sus inexactitudes y contradicciones podrían llenar toda una reseña y su rechazo frontal a considerar si puede haber lecciones que aprender de 15 años de poscomunismo, hacen que *How Capitalism Was Built* sea un libro profundamente frustrante. Uno se siente más hambriento de conocimiento después de leerlo que antes. En definitiva, el significado del libro debe buscarse más allá del texto mismo. ¿Cuáles son las condiciones genéricas que permiten que un analista como Åslund, tendencioso y en absoluto científico, adquiera un papel tan prominente? Un factor lo constituye claramente el legado de la Guerra Fría. El

periodismo occidental, constreñido tanto por la censura comunista como por su propia falta de imaginación, se consideró incapaz durante décadas de narrar una historia sobre los países comunistas que fuera más allá del dualismo de «régimen versus disidentes». Durante la década de 1980, este mutó en Gorbachov y reformas *versus* Ligachev y reacción; en la década de 1990, la nueva permutación fue Yeltsin *versus* rentistas; hoy se declina los *siloviki* [personal de los aparatos militar y de seguridad] *versus* todos los contendientes: tecnócratas, oligarcas y demócratas.

Esta es una historia fácil de contar, y Åslund la narra con el vigor y la viveza que le resta a la precisión. Puede ser también que tal análisis fácil, desprovisto de todo matiz, cuadre cómodamente con una era de expansiones y explosiones financieras impulsadas por enormes flujos de capital internacional. Los especuladores no precisan de matices: necesitan saber si deben comprar, vender o conservar. Lo que les importa no es la verdad sobre la economía, sino lo que todo el mundo va a pensar que es la verdad. Las desvergonzadas afirmaciones oraculares de Åslund ofrecen lo que el mercado demanda. Estos días, cuando el capital especulativo huye de todos los mercados del mundo, Åslund culpa rotundamente a Putin del último colapso ruso, cuyo ataque a las empresas y a Georgia supuestamente asustó a los inversores. Siempre hay alguien a quien culpar y por supuesto no a los liberales partidarios del libre mercado.